

misiones del Hijo y del Espíritu. En primer lugar, se refiere a la misión del Hijo y, por tanto, a María y al misterio de la encarnación. «El día de Pentecostés [...] es semejante al acontecimiento de Nazaret. Desde aquel momento, lo que ocurre entonces debe ser asumido por todo el mundo: Cristo nacerá siempre del hombre. Cristo se hace hombre en nosotros. [...] Por eso en la Iglesia la oración de Pentecostés será siempre una oración mariana: hágase en mí según tu palabra» (p. 45).

En contraste con la división babilónica y sus distintas manifestaciones (cfr. pp. 64-65), se levanta la cruz y el misterio de la redención, cuya culminación se encuentra precisamente en el amor. Aquí un Ratzinger ya prefecto hacía uso de su habitual recurso a las imágenes en las homilías. «Pero el fuego es también imagen del amor. Es más, en realidad estas dos imágenes coinciden porque la cruz es amor y el amor es cruz: precisamente en esto está la grandeza de nuestra experiencia» (p. 75). Es además por todo esto el Espíritu de perdón, que Ratzinger sabe exponer en términos muy modernos y haciendo alusión a una parábola antropológica. «Solo la verdad puede liberarlo. Pero la verdad —es decir, su culpa— puede ser acogida solo si existe el perdón. Por tanto, el espíritu del perdón es al mismo tiempo el espíritu de la verdad y el espíritu de la libertad» (p. 38). Por eso también el Espíritu nos quita todo miedo posible, pues él mismo es amor, el amor hecho Persona.

También se referirá el cardenal bávaro al envío del Espíritu y al nacimiento de la Iglesia. Tras hacer una nueva mención a la relación del Espíritu con el resto de la Trinidad, añade: «el Espíritu Santo crea la Iglesia. Ésta no procede de la voluntad humana, de la

reflexión, de la habilidad de las personas y de su capacidad organizativa [...]. Ésta es, por el contrario, creación del Espíritu Santo» (p. 90). Al tener la Iglesia este origen, se vuelve a recordar allí la primacía de lo espiritual y del espíritu de oración en la Iglesia, «más allá de los congresos, las reuniones y las discusiones». Y acaba dando un pequeño consejo, útil para teólogos y pastores: «Un rato de oración da más fruto que un montón de documentos» (p. 22).

Pablo Blanco

Christian GOUYAUD, *L'Église, instrument du Salut*, Pierre Téqui éditeur («Croire et Savoir», 41), Paris 2006, 585 pp., 15 x 22, ISBN 2-7403-1219-9.

El autor es sacerdote de la diócesis de Estrasburgo y doctor en teología. En esta monografía se plantea analizar las implicaciones de la noción de la Iglesia como *sacramentum salutis*, es decir, la Iglesia como «signo e instrumento» de salvación, una idea puesta de relieve por el Concilio Vaticano II.

El autor constata que la idea ha sido estudiada en la época posterior al Concilio sobre todo bajo el aspecto de «signo», esto es, bajo el aspecto de la Iglesia como manifestación de los dones salvíficos de Dios a la humanidad. En cambio, el aspecto de la instrumentalidad de la Iglesia en la salvación ha sido menos atendido en la reflexión eclesiológica actual probablemente porque remite a un concepto de «instrumento» heredado de la escolástica, que se mira con desconfianza, mientras que las categorías de «signo» y «símbolo», más cercanas al universo agustiniano, han sintonizado mejor con una teología remisa a esquemas conceptuales ontológicos. El autor piensa que se trata de un olvido algo precipitado.

Por ello, su investigación se centra en considerar la eficiencia salvífica de la Iglesia *sub specie causae instrumentalitatis* (p. 13), ya que los Padres del Concilio Vaticano II, al hablar de la Iglesia como signo e instrumento, conocían bien que este segundo aspecto tiene un peso en la tradición teológica que remite al esquema de la causalidad instrumental. Concretamente el autor entiende que esta dimensión de eficiencia salvífica es válida para dar cuenta de la mediación dinámica ejercida por la Iglesia en el orden salvífico, siempre en dependencia del agente principal (Cristo por su Espíritu), a la vez que se garantiza la gratuidad divina de la salvación. La instrumentalidad eclesial se encuentra en estrecha relación con la instrumentalidad de la humanidad de Cristo, siempre manteniendo una analogía de proporcionalidad, no de atribución, puesto que las acciones eclesiales no derivan de una Persona divina; más bien se trata de un tipo de relación entre Dios y el hombre en el orden de la acción y del accidente, no del ser y de la substancia; unión entre el Espíritu Santo y la Iglesia que es relacional o de comunión de acción. A partir de estos principios el autor examina la instrumentalidad en las situaciones particulares del pecado en la Iglesia, de la celebración de los sacramentos, de otras actividades eclesiales (anuncio de la Palabra, gobierno), del ministerio ordenado, del axioma «*extra Ecclesiam nulla salus*» y las religiones no cristianas.

La monografía es, pues, un intento de comprobar el alcance de una perspectiva, la de la causalidad instrumental, antigua como tal, pero escasamente aprovechada, en opinión del autor, para una comprensión eclesiológica renovada de la noción de sacramentalidad del Concilio Vaticano II.

José R. Villar

Manlio SODI (a cura di), *Ubi Petrus ibi Ecclesia*, Sui i «sentieri» del Concilio Vaticano II, LAS, Roma 2007, 795 pp., 24 x 17, ISBN 88-213-0641-0.

Este amplio volumen es una miscelánea ofrecida a su Santidad Benedicto XVI con ocasión de su 80 cumpleaños. Se trata de un volumen de estudio, profundización y desarrollo de los temas propios del Concilio Vaticano II, proyectado y realizado por la Universidad Pontificia Salesiana. Los estudios recogidos en este volumen se presentan en el periodo en el que la Iglesia se prepara a vivir el 50 aniversario del Concilio Vaticano II. Las contribuciones —hasta un número de 51— son obra de los profesores de esa Universidad y constituyen una amplia panorámica de reflexiones siempre a partir de cada documento conciliar y procurando poner de relieve los desarrollos recientes de cada documento, así como proyectando hipótesis de acción en cada ámbito de la vida de la Iglesia.

El significativo título de esta miscelánea, tomado de Ambrosio de Milán, declara el ministerio de Pedro y de sus sucesores en orden a la esencia misma de la Iglesia, de su misión en el mundo y en la historia. Se han examinado Constituciones, Decretos y Declaraciones, es decir, todos los documentos emanados del Concilio. Dos contribuciones iniciales presentan un interés particular: la primera lleva por título «Benedicto XVI gran intérprete del Concilio Vaticano II» y la segunda es un estudio de carácter introductorio, escrito por el Profesor salesiano de Teología litúrgica, Manlio Sodi, sobre las grandes notas que caracterizan los senderos abiertos por el Concilio en la vida de la Iglesia y del mundo.

Los retos contenidos en las diversas contribuciones se insertan en la dialéc-